

SEGUNDA PARTE.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la misa tenemos la oportunidad de nutrarnos de Dios a través de dos fuentes. La primera es la Palabra de Dios. La segunda es del Pan de Vida. Ya preparados por los ritos iniciales, nos disponemos a alimentarnos de la Palabra. La palabra que revela la salvación no puede ausentarse de donde la salvación acontece, de la misa.

Los ritos iniciales se presidieron desde la sede. Ahora nuestra atención se centra en el ambón, que es la mesa de la Palabra (Neh 8, 4-5) En las sinagogas ya existía un estrado desde donde se leían las Escrituras. Cuando el culto se empezó a celebrar en templos, se recuperó ese estrado para ayudar a una mejor audición de todos los presentes. Después cayó en desuso, pero tras el Concilio Vaticano II se recuperó, para favorecer la escucha de la Palabra.

I. LECTURAS

Antes del Evangelio se pueden proclamar una o dos lecturas, dependiendo del día. También se canta o lee un salmo. Un laico puede hacerlas. Quien lee debe de tener presente que está dando a conocer un texto sagrado. Su entonación y su ritmo han de corresponder a lo que se dice. Debe orar mientras lee.

Escuchar la proclamación no es para conocer acontecimientos o palabras del pasado. Hay que hacer una escucha orante, tratando sí de conocer, pero también de comprender que hay un mensaje actual, que hay algo que el Señor me quiere decir a mí hoy y ahora.

Podemos leer las Escrituras en cualquier lugar. Sin embargo, su lectura y escucha en la misa es distinta. En la liturgia, escuchamos como comunidad, todos juntos. Como escuchaban los israelitas lo que el Señor había dicho a

Moisés (Ex 34, 29-35). Como las multitudes escuchaban a Jesús predicar la Buena Nueva. O como las primeras comunidades escuchaban los dichos y escritos de los Apóstoles. La voz del Esposo concurre con la de la Esposa.

Respecto a lo que ocurría con Jesús, dice san Lucas que María guardaba y meditaba todas esas cosas en su corazón (Lc 2, 19). Debemos imitar a Nuestra Señora en la Liturgia de la Palabra. Que sea un tiempo en el que guardemos y meditemos la Palabra de Dios que escuchamos o leemos.

I. Primera lectura

Todos nos sentamos para escuchar las lecturas. Es la posición de los alumnos que, sentados, escuchan al maestro. Entonces se leen perícopas (fragmentos) de la Escritura, de partes que no sean los Evangelios. Los domingos y solemnidades serán dos lecturas; el resto de días, sólo una.

Los domingos que no son del tiempo de Pascua, la primera lectura se toma del Antiguo Testamento. Podemos imaginarnos cómo se leían esos pasajes en las sinagogas. El mismo Jesús, en la sinagoga de Nazaret, leyó un pasaje del profeta Isaías (Lc 4, 16-20). Al terminar de leer, Jesús explicó que esa profecía se había cumplido. En los textos del Antiguo Testamento podemos ir descubriendo a Jesús, pues todos se refería a él. Con la lectura del Evangelio, seremos plenamente consientes de cómo todo se refería a él, así como Jesús se los explicó a los discípulos que caminaban a Emaús (Lc 24, 25-27).

Los domingos del tiempo de Pascua, la primera lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles. En la Vigilia Pascual los catecúmenos son bautizados, y los ya cristianos renovamos nuestro Bautismo. Es un nuevo comienzo. Al estar ante un nuevo inicio, se recuerdan los acontecimientos de los comienzos del cristianismo, los primeros pasos de la Iglesia.

Entre semana, y fuera del tiempo de Pascua, la única lectura se puede tomar del Antiguo Testamento o de las cartas apostólicas. En tiempo de Pascua, esta única lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles.

2. Salmo responsorial

A lo que Dios nos dijo en la primera lectura se le responde con un salmo. Los salmos son las palabras que ha inspirado Dios para que lo alabemos. Así, alabamos para responder a lo que Dios nos dijo. No solo es escuchar, como se hizo en la lectura. Ahora nuestra acción también supone otra cosa: alabar con las Escrituras.

Alabar y rezar con salmos es algo que se hacía desde el Antiguo Testamento. El mismo Jesús rezó con salmos. Incluso, clavado en la cruz, oraba con el salmo 22 (Mt 27, 46; Mc 15, 34). El libro de los Salmos es el más citado en el Nuevo Testamento.

Pensemos que la lecturas de los Evangelios y de las cartas apostólicas no siempre estuvo presente en la misa. Se necesitaban escribir y difundir para que pudieran ser parte de la celebración. La parte de la Escritura que siempre ha estado presente en la misa son los salmos.

Se ha dicho que debemos leer los salmos como si fuéramos el autor, esto es, pronunciando o escuchando las palabras reflejando los deseos, sentimientos y afectos que inspiraron al autor. Los Padres de la Iglesia señalaron que la clave de los salmos es Cristo. El mismo Jesús resucitado así lo dijo al indicar que era necesario que se cumpliera en él todo lo que los salmos decían sobre sí (Lc 24, 44). Es decir, fueron compuestos para que él los recitara.

Los Padres de la Iglesia también indicaron que la clave de Cristo de los salmos no solo es la persona individual de Jesús, sino el Cristo total formado por Cristo cabeza, y por los miembros de su cuerpo, que somos nosotros.

Si en el Evangelio conocemos los dichos y hechos del Señor, en los salmos conocemos los sentimientos de Jesús. Con el salmo, por lo menos la antífona que repite toda la asamblea, debemos apropiarnos de los sentimientos de Jesús. Así lograremos hacer realidad el consejo de san Pablo, de tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Fil 2,5)

3. Segunda lectura

Los domingos y en las solemnidades, tras el salmo se proclama una segunda lectura, que se toma de una de las epístolas apostólicas. Podemos imaginarnos a las primeras comunidades cristianas recibiendo una carta de un apóstol y leyéndolas en sus reuniones, en las primeras misas. Podemos imaginarnos que somos de Roma, de Corinto o de Éfeso y que recibimos una carta, que nos da consejos para nuestra vida. Pedro, Pablo, Juan Santiago o Judas, que de primera mano conocieron a Jesús, nos transmiten su mensaje.

4. Secuencia

En la Edad Media se compusieron himnos poéticos que explicaban el misterio que se celebraba, que se llamaron secuencia. Tras el Concilio de Trento sólo pervivieron cinco. Y actualmente contamos con cuatro: dos son obligatorias (Pascua y Pentecostés) y dos son potestativas (Corpus Christi y la fiesta de la Dolorosa). La secuencia se escucha permaneciendo sentados, y buscando deleitarse con los versos que poéticamente explican el misterio que ese día se celebra, buscando profundizar en su conocimiento con la ayuda del Espíritu Santo.

II. EVANGELIO

1. Aclamación al Evangelio

Llega el momento culminante de la liturgia de la Palabra. Nos preparamos para escuchar ahora al mismo Jesús. Si anteriormente estábamos sentados como discípulos, ahora nos ponemos de pie en señal de respeto a que la Palabra que pronunció el Padre Eterno nos hablará ahora. No son palabras inspiradas; son las palabras de la Palabra las que escucharemos.

Nos preparamos para esta escucha alabando a Dios. Salvo en la Cuaresma, lo alabamos repitiendo una palabra hebrea: aleluya. Aleluya significa alabad a YHVH. Las últimas dos letras (ya) son una abreviatura de Yahveh. Esta expresión de alabanza aparece 25 veces en los salmos. También aparece en el libro de Tobías (13, 18) y en el Eclesiástico (51, 15). En el Nuevo Testamento aparece en el Apocalipsis, cuando se relata la alegría del cielo (19, 1-6). Esta alabanza se dice junto con un versículo que nos ayuda a introducirnos en el pasaje evangélico que se leerá.

Antiguamente, en algunas regiones, se le había dado al aleluya un carácter pascual. Por ello, en los tiempos de Cuaresma y de la Septuagésima (un tiempo que comprendía las tres semanas previas a la Cuaresma), no se decía el aleluya, sino un tracto. Ahora durante la Cuaresma se aclama al Evangelio con otra expresión distinta, que se acompaña del versículo.

Durante la aclamación, se prepara la proclamación del Evangelio. Si se emplea incienso, el celebrante coloca unos granos en el turíbulo.

Además, el clérigo que va a leer el Evangelio se prepara para hacer esa acción sagrada. Si es el sacerdote celebrante, se coloca frente al altar, el gran símbolo de Cristo, y reza una oración:

“Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio”

Si un diácono es quien va a proclamar el Evangelio, o si es un presbítero y el obispo celebra la misa, en vez de rezar esa oración se para frente al celebrante principal y le pide que lo bendiga para realizar esa acción sagrada:

“Padre, dame tu bendición.”

Y el celebrante lo bendice diciendo en voz baja:

“El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies dignamente su Evangelio; en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”

Los fieles no deben de decir nada. Sin embargo, pueden decir en su corazón algunas palabras similares para prepararse a escuchar a Jesús. Algo como: “Purifica mi corazón y mis oídos, Dios todopoderoso, para que escuche dignamente tu Evangelio”.

Si el Evangelionario se colocó sobre el altar al inicio de la misa, el clérigo que va a leer el Evangelio lo toma y lo lleva procesionalmente hasta el ambón. Puede ir acompañado de dos acólitos que portan ciriales, como una forma de reconocer a Jesús en el Evangelio.

2. Evangelio

En el ambón, el clérigo que va a proclamar el Evangelio, como al inicio de la misa, extiende su deseo de que el Señor esté con todos los presentes. No es una afirmación de que está. Es un deseo: que reconozcamos al Señor en las palabras que vamos a escuchar, que son sus palabras, para que esas palabras sean fecundas en nosotros. Dice, por tanto:

“El Señor esté con ustedes.”

Y los fieles responden con el mismo deseo: que el Señor también esté con quien va a proclamar el Evangelio mientras realiza esta acción sagrada, a fin de que lo haga de forma que produzca frutos espirituales en él y en los oyentes:

“Y con tu espíritu.”

Luego, el clérigo que proclamará el Evangelio hace la señal de la cruz sobre el libro. No lo bendice, porque es la Palabra de Dios, que es por esencia bendita. Hace la señal de la cruz para tocarlo, como para tomar la bendición de la Palabra en nombre de todos.

Quien proclama el Evangelio después hace la señal de la cruz sobre su frente, sus labios y su pecho. Lo mismo hacen todos los asistentes. Este gesto no es persignarse, ir dando saltos con el dedo formando tres pequeñas cruces y luego santiguándose colocando la mano en la cabeza, en el pecho y los hombros. Es hacer con el pulgar tres señales de la cruz en distintos lugares del cuerpo. Como si esa bendición tomada de la Palabra de Dios por el clérigo en nombre de todos, nos la pusiéramos en la cabeza, para entender lo que se va a decir; en los labios, para repetir lo que escucharemos; y en el corazón, para que ahí quede y cambie nuestra vida. Mientras se hacen estas señales, el clérigo dice:

“Lectura del santo Evangelio según san N.”

A lo que los presentes responden alabado al Señor:

“Gloria a ti, Señor.”

Si se emplea incienso, en ese momento el clérigo inciensa el libro como señal del culto y del honor que se le tiene no al objeto sino a las palabras de Jesús que ahí están escritas. Bendición, procesión, incensación. La liturgia no solo es lectura, sino acción. Luego de incensar, o tras la alabanza, se proclama el Evangelio.

El Misal indica que todos los presentes han de volverse hacia el ambón en este momento. Es una postura corporal que pretende ayudarnos a volvernos hacia Jesús, a descubrir que él es el Camino, que no tiene sentido mirar hacia otro lugar, a ir a otro sitio, porque solo él tiene palabras de vida eterna, como le dijo Pedro (Jn 6, 68). Escuchar las palabras de Jesús, como él mismo dijo, nos dará vida eterna (Jn 5, 24). Con esa confianza, escuchamos atentamente.

Al acabar de proclamar el Evangelio el clérigo dice:

“Palabra del Señor.”

A lo que se responde aclamando nuevamente:

“Gloria ti, Señor Jesús.”

Luego, el clérigo que leyó el Evangelio, o el celebrante principal, lleva a cabo un bonito gesto que muchas veces pasa desapercibido, que es besar el libro. Así como se veneró el altar con un beso al inicio de la misa, ahora se hace un acto de fe y reconoce en las palabras dichas a Jesús. El beso es una manifestación de amor. Muchas veces se piensa que los cristianos separados son los que más aman las Escrituras. Pero no es así. Los católicos amamos igual o más a la Palabra de Dios. Por eso se hace este gesto, mientras quien lo realiza dice en secreto:

“Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados.”

Sólo quien besa el libro lo dice, pero todos podemos hacer en nuestro corazón la misma petición de purificación. La lectura del Evangelio no nos perdonará los pecados mortales, pero puede alejar el pecado de nuestras vidas. Sus palabras de vida pueden transformar nuestra existencia, convertirnos hacia Dios. El amor de Jesús por nosotros arde en cada letra del Evangelio. Cuando se acerca se amor ardiente a la boca del clérigo, y hemos escuchado de corazón las palabras de la Palabra, podemos sentir que no solo a él, sino a todos, el serafín del que habla Isaías nos dice: “Como esto ha tocado tus labios, se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado” (Is 6, 6-8).

III. HOMILÍA

Jesús resucitado, antes de partir el pan con los discípulos que caminaban a Emaús, les explicó las Escrituras (Lc 24, 25-27). Anteriormente, Jesús tuvo que explicar sus parábolas a petición de Pedro, porque no habían

comprendido (Mt 15, 15). De ese modo, en la homilía, el celebrante o el diácono explicará las lecturas que se escucharon.

Quien hace la homilía cumple el mandato de Jesús de predicar su Evangelio (Mc 16, 15). La predicación es un servicio. No es un discurso, ni una conferencia, ni una clase. Es orar, retomar el diálogo que ya se había entablado entre el Señor y su pueblo, para que se materialice en la vida de cada uno.²

El papa Francisco dio muy buenos consejos sobre cómo predicar la homilía en su exhortación *Evangelii Gaudium*. Hay una buena guía para ello en el *Directorio Homiliético* publicado por la Congregación para el Culto Divino.

A veces los sacerdotes no siguen esos consejos, y los fieles no sienten que las palabras del predicador no hacen arder su corazón, como sintieron los discípulos de Emaús. A diferencia de los dichos de Jesús, las palabras del predicador pueden ser complicadas y su hablar monótono y aburrido. La homilía puede ser un momento de tedio, que se espera acabe pronto.

Aburrirnos puede ser normal. Eso pasaba hasta cuando los apóstoles predicaban. Narran los Hechos de los Apóstoles que un muchacho llamado Eutico se quedó dormido junto a una ventana mientras san Pablo predicaba en una misa (20, 7-12).

Pero ante el aburrimiento, la actitud cristiana no puede ser la crítica ni la murmuración contra el predicador. Debe ser la humildad. Escuchar humildemente pues, hasta de la profundidad del pozo de las palabras más aburridas podemos sacar aunque sea una gota de agua que riegue nuestro corazón para que en él pueda brotar la flor de la gracia.

Hay que pedirle siempre al Señor que de algún modo las palabras del sacerdote sirvan para abrirnos el entendimiento y comprender las Escrituras, como hizo con los apóstoles en el cenáculo cuando se les apareció resucitado (Lc 24, 44-48).

² Papa Francisco, Audiencia general del 7 de febrero de 2018.

Si no se hace la homilía, o al finalizar ésta, pueden guardarse unos momentos de silencio. Ya hubo una pausa silenciosa en el acto penitencial y otra antes de la oración colecta. Esta puede ser la tercera. Recordemos que la liturgia también se compone de silencios. El silencio es el ascensor al Cielo. El silencio no es una ausencia; es una manifestación de la presencia más intensa que existe y que sólo sin ruido puede escucharse. La Palabra que habló el Padre sólo puede ser escuchada en silencio, como explicó san Juan de Ávila.

Cuenta el Primer Libro de los Reyes (6, 7), que mientras se edificaba el templo de Salomón no se escuchaban martillos ni hachas. Es decir, el templo se construyó en silencio. Cada uno de nosotros, los bautizados, somos templos de Dios, como dice san Pablo. Ese templo, ese espacio para que habite Dios ha de construirse en silencio. El ecosistema en el que puede habitar la Palabra es el silencio, pues de otra forma no puede ser oída.

El silencio nos permite escuchar lo que no puede ser proferido. Este momento es para comunicarnos con Dios. No una comunicación con palabras, sino de forma más profunda. Como los enamorados que, en silencio, y solo con la mirada, se dicen las cosas más profundas, que no pueden expresarse con palabras.

Este es un momento de silencio orante, que nos lleva a pensar: ¿qué me dicen a mí las lecturas?, ¿qué le digo yo a Dios sobre ese texto?, ¿qué hacer como resultado de esta meditación?

IV. PROFESIÓN DE FE

Después de resucitar, Jesús dijo que “el que crea y sea bautizado se salvara” (Mc 16, 16). Por eso, inmediatamente antes del Bautismo hay que confesar la fe. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, era en la Vigilia Pascual en donde se administraba el sacramento del Bautismo. Los ya cristianos en esa

vigilia renovaban su propio Bautismo, por lo que renovaban su profesión de fe.

Primero en Oriente, y después también en Occidente, la profesión de la fe empezó a hacerse todos los domingos por ser la Pascua semanal, como un modo de recordar más constantemente la verdadera fe ante la proliferación de las herejías.

Los textos con los que se profesa la fe se denominan símbolos. Ello porque la palabra griega *symbolon* significaba una señal que se tiene para darse a conocer. El símbolo, por tanto, es el signo de identificación y de comunión entre los creyentes.

En la misa puede emplearse el símbolo llamado Niceno-constantinopolitano, por ser fruto de los concilios ecuménicos de Nicea y de Constantinopla. También puede usarse el llamado símbolo de los Apóstoles, que era el empleado como profesión de fe en los bautismos en Roma, la sede del Príncipe de los Apóstoles, Pedro.

Cualquiera de los dos se divide en tres partes. Primero habla de la Primera Persona divina y de la obra de la creación. Después se confiesa la fe en la segunda Persona y se en el Misterio de la Redención. Y finalmente se habla de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación.

El símbolo, también llamado Credo, no se reza porque no es una oración. Se profesa o se dice. Y en el momento en el que recordamos la Encarnación, todos hacemos una inclinación profunda, ante el misterio de que el mismo Dios, la Palabra que era la luz (Jn 1, 9), se hizo hombre. No tomó la apariencia de hombre; se hizo hombre. En todo semejante a nosotros menos en el pecado (Hb 4, 15). Es tan fuerte esta afirmación que muchos herejes negaron la divinidad o la humanidad de Jesús pese a ser tan claro el prólogo del Evangelio de San Juan (1, 14). Nosotros inclinamos nuestra cabeza, nuestro entendimiento, ante ese Misterio. Y en las solemnidades de la Natividad y de la Anunciación del Señor, no solo nos inclinamos, sino que nos arrodillamos para confesar este Misterio.

Después de menciona la muerte y la resurrección de Jesús. Podemos pensar que fueron dos acontecimientos más centrales de la fe, pues los cristianos somos, ante todo, los testigos de la resurrección y, por ello, que sería más lógico inclinarse al profesar la fe en estos acontecimientos. La liturgia prevé una inclinación en este momento porque posteriormente, en la misa, estaremos en presencia de la misma muerte y resurrección de Jesús. Y en ese momento nos arrodillaremos ante esos misterios.

Recordar el momento que partió la Historia en dos, la Encarnación y la Natividad, tiene un sentido cristológico. Pero también mariano. Profesamos la fe en la Encarnación que tuvo lugar en el vientre de María. La segunda mención que puede hacerse de Nuestra Señora en la misa es para proclamar la fe en Jesús habitando en María.

La segunda sección de la primera parte del Catecismo de la Iglesia Católica explica línea por línea el símbolo de forma muy extensa. La segunda sección de la primera parte del Compendio del Catecismo lo explica de forma más sencilla y sintética. Quizá cada semana podemos leer la explicación de una línea del símbolo para que, al momento de profesarla el domingo, lo hagamos de una forma más consiente.

V. ORACIÓN DE LOS FIELES

Al final de los ritos iniciales el sacerdote recolectó y presentó las necesidades e intenciones de todos los presentes a Dios mediante la oración colecta. De todos los presentes, es decir, de los bautizados y de los catecúmenos. Eso porque ellos pueden estar presentes hasta la homilía; para profesar la fe se retiran. Ahora, al final de la Liturgia de la Palabra, se presentan en voz alta las intenciones, pero solo lo hacen los bautizados, los fieles. De ahí el nombre de esta oración.

Esta oración se hacía antiguamente y luego desapareció por varios motivos. El Concilio Vaticano II pidió que se reinstaurara.

Esta oración inicia con una invitación del sacerdote a presentar las súplicas a Dios. Después un lector presenta cada una de las intenciones por las que se ha de orar, tras lo cual todos con una sencilla fórmula ruegan a Dios por esa necesidad, o bien pueden orar con un momento de silencio. Esta segunda opción casi nunca se utiliza, pero a veces puede ser útil hacer estas pausas para que cada uno de los presentes ruegue en su corazón por la intención propuesta. Al final, el sacerdote concluye con una plegaria más extensa en la que se dirige a Dios de modo solemne, con las manos extendidas.

Entre las intenciones que deben proponerse debe estar la Iglesia, los gobernantes, la salvación del mundo entero, los que se encuentran en necesidades particulares y la comunidad local.

Hay que orar verdaderamente por la intención y no limitarnos a repetir una fórmula mecánicamente. Que sea una oración como la de Jesús: por la fe (Lc 22, 32), por la unidad y la santificación de la Iglesia (Jn 17, 11-17). Que sea una verdadera oración de unos por otros para ser sanados, como pide el apóstol Santiago (San 5, 16). Que sea verdaderamente orar en el Espíritu por todos nuestros hermanos en la fe, como pide san Pablo (Ef 6, 18), y como él mismo hacía (Col 1,3 y 1 Tes 1, 2), haciendo rogativas y peticiones por todos los hombres (1 Tim 2, 1).